

III

Vaqueril y familia.

NO siempre las espadas han sido triunfos en mi Estado natal; algunas ocasiones ha tocado su vez á los oros, y aún ¡guardémos Dios! á las mismas copas. En la época á que mi narración se refiere, para no dejar fuera de juego ninguno de los palos de la baraja, parece que dominaban los bastos.

No podía en efecto, serlo más el Señor Don Sixto Liborio Vaqueril, que sin saber cómo ni cómo nó, se dió el día menos pensado un tropezón con el sillón del Gobierno, se sentó en él sin darse cabal cuenta de lo que le acontecía, y acostado la noche anterior en su ca-

ma, como simple Vaqueril amaneció con el águila de la República posada sobre la coronilla. Observóse desde entonces, al decir de Pepe Rojo, que su tez, bastante anochecida, adquiría ciertos reflejos del amanecer; sus ojos hundidos bajo cavernosa bóveda sombreada por cejas ásperas, tomaron fulgores de inteligencia; el hablar fué menos gangoso; los movimientos más desembarazados, menos mal llevado el vestido, y un punto menos arrugada la piel, por virtud de algún medro de las escasísimas carnes.

¡Extraordinaria virtud la del encumbriamiento inesperado! Aun la misma Señora Doña Eulalia Sequedal de Vaqueril, llamada *la Gobernadora*, hubo de sentirla en su organismo, puesto que dulcificó su carácter en cuanto este fenómeno era posible. Disminuido el hueco de las encorvadas clavículas, matado el filo de la mandíbula inferior, y algo redondeadas las puntas de los pómulos, acudió la señora al cabello, prematuramente escarchado (según decía á las de confianza), con alguna tintura de buena clase que, emborronando las cifras, ponía en duda si los

años de la gobernadora eran cuarenta ó cincuenta.

En veintidos años de conllevar las penas de la vida, habían tenido varios chicos que prometían ramoso árbol genealógico al linaje Vaqueril. Tenía veinte abriles Candelarita, que no podía negar el entronque, según se asemejaba á Doña Eulalia física y moralmente; diez y ocho Conchita, muchacha simpática y no fea, aunque sin la belleza que por natural hipérbole se la atribuía; después seguía Sixto Liborio, hijo, con cuatro años menos que su hermana, por haber habido entre uno y otro algunas fallas inevitables, y terminaban la familia José María y Panchito, este último con siete años, muchas majaderías y muy poca educación.

El Sr. Vaqueril era un buen sujeto, *hombre de orden* y adicto al Gobierno general, condiciones sobradas para ser mantenido en su elevado puesto. A decir verdad, el Estado no le quería mal, aunque tampoco bien; y se contentaba con no hacerle caso. Y como no gobernaba, se cuenta que un ministro dijo alguna vez á un diputado:

—Vaqueril es un buen gobernador.

Dos personas le habían amargado un poco la vida: su mujer y el Lic. Pérez Gavilán. La primera con su celosa manía, no del todo infundada, porque aquel modelo de hombres públicos tenía la debilidad de gustar demasiado de lo bello á pesar de sus cincuenta y seis años. El segundo con su oposición sistemática, manifestada unas veces en un empleo federal, después en un periódico llamado *La Conciencia Pública*, y últimamente en una insurrección que, aunque de poca monta, afligió mucho al prudente gobernador, y dió por resultado una transacción, que trajo al Congreso del Estado y á otros empleos á varios amigos del revoltoso Gavilán.

En este Congreso que acababa de reunirse, figuraba el joven Labarca, quien además de las instancias de su padre al Gobernador, tuvo en su pró el dictamen de Doña Eulalia y el apoyo vergonzante de Candelarita. Miguel era, además, ahijado de bautismo de D. Sixto Liborio, y en fuerza de tantas y tan favorables circunstancias, no sólo llegó á diputado sino que además, su padrino le encomendó el

despacho de su correspondencia privada. No devengaba sueldo alguno por este trabajo pues aun no estaban en uso los secretarios particulares, que hoy han llegado á ser indispensables aun para los mismos prefectos; pero Miguel, tomando á pechos su carácter de consejero extraoficial, se creyó que había de influir en los negocios del Estado, y que estos no podrían menos que caminar admirablemente.

No era Miguel un vanidoso insufrible, aunque tenía la idea de su talento más encumbrada que el talento mismo; y baste para demostrar lo primero, que muy á poco de trabajar á su lado, me tuvo más que por un empleado subalterno, por amigo de cierta confianza. Y como que yo no pretendía valer nada, las bondades y aún confianzas del joven me sedujeron de tal manera, que tenía que hacer un grande esfuerzo para soportar los frecuentes discursos que Pepe me enderezaba en cada comida referentes á mi jefe. Un día que me acaloré algo en la defensa de Miguel, el estudiantón acabó por decirme mirándome fijamente y con aire de lástima:

—Voy creyendo que es vd. un muchacho de esperanza.

Y me derrotó.

En mi oficina era yo el único escribiente, y sólo en casos graves se llamaba en mi ayuda á Clemente. Cuando el diputado me dictaba, realmente se ponía algo serio, paseándose pesadamente á lo largo de la oficina; atizaba el puro con frecuencia; se pasaba la mano por la frente, apartando los grandes rizos, y se detenía frente á mi mesa, apoyábase sobre ella con las manos y frunciendo ligeramente el ceño, seguía con la vista los rasgos de mi pluma.

A las nueve de la mañana, llegaba el Sr. Gobernador, tomaba asiento frente á una mesa, y colocado junto á él, el joven recogía de memoria las instrucciones de aquél para contestar la escasa correspondencia. Con frecuencia no había cartas que contestar, y ambos charlaban sobre esto ó lo otro, sin cuidarse de mí, fiados no en mi discreción sino en mi nulidad.

Si en aquel momento un mozo de aseo se acercaba á Miguel para decirle que Don Fu-

lano deseaba hablar con él, el joven contestaba gravemente:

—Diga vd. que *estamos en acuerdo*.

Y más de una vez me decía á mí: *estamos proyectando, hemos pensado, tenemos algunas dificultades, etc., etc.*, tropo muy usado entre periodistas y dependientes de mostrador, que jamás hablan en singular, el cual ha ido haciéndose común entre todos los que aspiran á representar algún papel que no es el suyo.

Para mí iba siendo mi nueva posición toda de vida y dulzura, y así lo fué durante algunos días.

Cierta mañana, después de contestar dos cartas en que otros tantos sujetos solicitaban algún empleillo, recibí la agradable sorpresa de ser visitado en mi oficina por el Oficial Mayor del Congreso y Clemente, sin poder de pronto explicarme el motivo de aquella honra inesperada. Pero el Oficial Mayor no me dejó cavilar mucho tiempo, pues tras breve saludo, me presentó ¡oh asombro! una circular suscrita por todos los señores Diputados, sin faltar uno, en la cual se invitaba á los

amigos sinceros del Sr. Gobernador á que contribuyeran con algún donativo para el banquete que debía darse en obsequio de *aquel hombre ilustre*, el día de San Liborio que estaba próximo.

Creo que me puse pálido, y apenas recuerdo que en la tal circular se enumeraban algunas de las muchas virtudes del Sr. Vaqueril. Sin duda dije alguna necedad por contestar algo; pero al fin pude fingir una sonrisa de amabilidad, y el jefe de la comisión encargado de *correr* la circular, me presentó una lista ya algo grasosa y gastada de las esquinas, en que con toda clase de caracteres estaban escritos los nombres de casi todos los empleados, y al margen una cifra por cada nombre, con la palabra *pagó* la mayor parte.

Comprendí lo que significaba aquella telaraña, escribí mi nombre, y consultando el bolsillo y avergonzado de no ser de los más ddivosos, puse al margen el número entero que preside á la Aritmética, agregué la anotación aquella, y *pagué*, aunque hasta hoy no me explico cómo se usa de este verbo cuando no se debe nada.

Cuando la comisión se retiró, volví en derredor la vista, y los muebles, los tapices y las cartas, objetos todos con los cuales me iba encariñando, como buen oficinista, me causaron cierta repugnancia. Parecióme también que toda la ciudad me había visto dar aquella moneda, y no sé por qué me dieron ganas de esconderme detrás de una cortina.

Dos ó tres días después, comenzaron á celebrarse juntas á que asistían solamente los empleados de cierta categoría, y en las cuales se trataba del banquete. Nombráronse las comisiones necesarias, como las de ornato, de invitación, de *menu*, etc.; y de algunas se dijo que habían sido solapadamente solicitadas ó ganadas con maña por ciertas personas, ignoro con qué objeto.



IV

San Liborio.

AUNCA había yo imaginado regocijo tan grande ni demostraciones tan entusiasmadas como las que el día veintitres de Julio sorprendieron mi candidez *pedreña* y asombraron mis sentidos. El orden del programa no difería esencialmente del que cada año se observaba en mi pueblo el diez y seis de Setiembre: pero el ruido, el barullo, el ir y venir, el cuerpo en general de todas las cosas y de todos los actos, crecía en la capital

del Estado, en la misma proporción que ésta guardaba con respecto á San Martín de la Piedra.

Hubo, como había en en San Martín, música al amanecer, sazónada con disparos de cañón; después del desayuno recepción en la casa del Gobernador, á la cual ningún empleado dejó de asistir, distinguiéndose los jefes de oficina por el discursillo leído en nombre de cada grupo; hubo muchos cohetes á toda hora, muchas salvas de artillería y mucha música militar con bombo y redoblante.

Yo estaba allí desde muy temprano, pues los empleados de la Secretaría del Gobierno entre los que yo me colé bonitamente, quisieron ser los primeros en felicitar al Gobernador; y á decir verdad, estaba yo animado y contento.

En el amplio salón no cabían á las once de la mañana las personas presentes, y aun faltaban las de más alta esfera, que aguardaban para asomar, á que llegara la hora de las visitas de *guante blanco*. Yo me coloqué en un rincón para no correr el riesgo de tener

que ceder mi asiento á gentes de calidad, envidiado por los muchos empleados que tenían que permanecer en los corredores ó agrupados en las puertas.

Vaqueril estaba radiante. La satisfacción se revelaba en su semblante acartonado y le salía por todos los poros del cuerpo. En aquel momento se sentía más gobernador que nunca. Paseaba la turbia mirada por todo el salón, satisfecho y sonriente, con la fruición deliciosa que debe de sentir el avaro que contempla su tesoro; y cuando Panchito entraba corriendo y se echaba de bruces sobre sus rodillas, le acariciaba pesadamente la cabeza con estudiada formalidad y señorío.

El rumor de los cuchicheos llenaba el salón cada cual hablaba en voz baja con el vecino, sin descuidar la atención que merecían las importunas entradas y salidas de Panchito, para quien cada concurrente tenía una mirada ya de asombro, ya de cariño. Sólo el señor Vaqueril y los que con él hablaban, tenían el privilegio de hacerse oír, circunstancia que yo trataba de aprovechar para escuchar algo

bueno, pero apenas pude percibir frases comunes y corrientes.

—¿Qué edad tiene el niño? preguntó el Contador de la Tesorería, inclinando el cuerpo y alargando el pescuezo hacia el Gobernador:

—Siete años, contestó Vaqueril; está mudiando dientes.

—¡Caramba! exclamó el interpelante ¡si representa diez!

—¡De veras qué sí! dijo el Administrador de Alcabalas; está muy desarrollado.

El muchacho se miró las pantorrillas, enseñó los dientes al Contador y echó á correr.

Una carcajada general acogió aquella grosera gracia, y de todas partes salía esta exclamación unánime:

—¡Es muy vivo!

—Realmente, dijo Don Sixto Liborio, poniendo en sus labios una sonrisa de gobernador; es muy vivo, es el más vivo de todos.

—Pues mire v.d. que Sixtito . . . observó el alcabalero.

—Cada año se lleva tres premios, dijo otro.

—Sí, es verdad, concluyó Vaqueril; pero este es el más vivo. Este sacó la *viveza* de su mamá.

—¡Ah!

La Comisión del Tribunal Superior vino á interrumpir la plática. Dos magistrados vestidos de rigurosa etiqueta se presentaron en el dintel de la puerta, y todo el mundo se puso en pié. Uno de ellos dirigió al Gobernador la arenga de costumbre; pero con tan menguada voz y tan frecuente tosecilla seca, que nada pude oír, sino fueron las palabras: *excelsas virtudes, patricio, nave del Estado*, y alguna otra proporcionada al asunto y al personaje.

Moderada sonrisa, dos inclinaciones de cabeza y el ademán de ofrecer asientos, fueron como en todos los casos análogos anteriores, la elocuente contestación del Sr. Vaqueril.

Los cuchicheos comenzaron otra vez; alguna de las bandas de música tocó *una* mazurca, y Panchito entró de nuevo, para ver de cerca á los magistrados.

La conversación reanudada entre el Gobernador y sus vecinos, no podía llegar á mis

oidos en aquel momento. Las interrupciones se sucedían, y era mayor el tiempo que teníamos que permanecer en pié que el que gozábamos de descanso. El Juez del Registro Civil pronunció su discurso; el Jefe de Hacienda habló en nombre del Fisco; el General Baraja, Jefe político del Centro, en nombre de su Distrito; un maestro de escuela leyó versos, y un catedrático recitó un soneto acróstico que se repartió impreso, y que decía con las iniciales de los versos *Sisto L. Vaqueril*.

A las doce en punto, las músicas lanzaron por sus anchas bocas de latón una marcha de honor que entonces privaba en la ciudad, y todos los concurrentes, menos yo, comprendieron la alta significación que tenía. Pusímonos en pié, abrió ancha valla la gente agrupada en la puerta, y penetró en el salón la comisión del Congreso. Tres diputados la componían: Miguel Labarca, como orador; el Coronel D. Mateo Cabezudo, como hombre de gran reputación militar, y el alto y enjuto Don Simplicio Sequedal, hermano de la *Gobernadora*, como pariente cercano.

Miguel se detuvo con su natural gallardía á tres pasos del Gobernador, quedando entre sus dos compañeros; serio, desembarazado y con noble entonación dirigió á Vaqueril una felicitación decorosa, y pronunciada con la soltura que sólo sabe mostrar el que improvisa seguro de que no ha de atársele la lengua. Le tenía yo mucha ley, y me habría seducido completamente su alocución, si no hubiera yo notado en el arqueado del brazo derecho y en la manera de tirar del puño de la camisa, ciertos indicios de vanidad mal contenida.

La presencia del Coronel Cabezudo me desconcertó y aturdió de pronto, pues teníamos pendiente cierta cuentecilla, y desde mi llegada á la capital sólo le había visto de lejos. Sentáronse todos, y repuesto yo de aquella impresión primera, pude notar el cambio prodigioso obrado en el Coronel por la cultura de la ciudad.

La barbería había tomado en ello parte muy principal y notoria; pues recortados los cabellos y domada un tanto su rebelde elasticidad á influjo de pegajosa pomada, asen-

tados y mejor dirigidos los asperos bigotes, y bien rapada la barba, el aspecto de Don Mateo se había modificado, adquiriendo su semblante cierta benignidad de fiera amansada. Las prendas de vestir, aunque de acuerdo con la moda, le caían malísimamente; pues le faltaba eso que se llama *saber llevar* un traje. Parecía que la levita evitaba, alejándose, el contacto de aquel corpachón; la corbata caía relajada sobre el pecho, y el cuello de la camisa permitía á la pletórica garganta más holgura de la que demandaba el buen parecer.

Paseaba Don Mateo los taimados ojos por todas las filas de concurrentes, y al fin llegó á detenerlos sobre mí. Noté su sorpresa y su enojo en el breve instante que soporté su mirada, y apartando la mía, quedé inquieto y nervioso mientras permanecí en el salón.

Las copas que preceden al almuerzo comenzaron á circular. Los asistentes se limitaban á alzar la suya, dirigiéndola á Vaqueril, y á inclinar la cabeza antes de apurar el contenido: cada cual reservaba su brindis para la hora oportuna temiendo gastar en sal-

vas la pólvora apercebida para el combate. El *cognac* fué ganando terreno en los cerebros, que era ganarle también la confianza y la expansión; de suerte que á la una del día, era aquella sala indescriptible por lo mismo que era inentendible.

La atmósfera estaba opacada por el humo de cien cigarros, y encendida por la transpiración de doscientos cuerpos humanos; los cuchicheos habían subido de punto, en términos de no faltar quien diese de gritos para hacerse oír. Panchito, que entraba con frecuencia atragantándose con un carnero de almendra, extraído de las *cuelgas* recibidas, desesperado porque su padre no le oía, se colgaba de la levita de éste dando chillidos agudos y penetrantes. Vaqueril hablaba de proyectos administrativos con los diputados y el Tesorero, pero con calor y entusiasmo; dos empleados federales le elogiaban á pocos pasos, alzando la voz para ser oídos; un juez y dos catedráticos discutían un punto de Derecho de grande importancia actual, y la gente menuda platicaba en diversos grupos, no ya sentados y con compostura, sino



aun tomándose la libertad de volver la espalda al Gobernador.

En este momento, ví que el redactor de "El Orden Constitucional," periódico oficial del Gobierno, miró su reloj y apuntó algo en una cuartilla de papel. Supongo que tomaba nota, pues al día siguiente, en su *Revista del Banquete*, decía: "A la una, la más franca y cordial expansión reinaba entre aquella escogida concurrencia."



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

V

Los Brindis.

YA estaban todas las orejas coloradas y todas las pupilas húmedas, cuando los concurrentes se trasladaron al corredor occidental, trasformado en comedor para dar cabida á larga mesa de sesenta cubiertos. Entre uno y otro pilar de la galería se habían colocado hojosas ramas para refrescar el sitio, y muchas guirnaldas y coronas de flores adornaban pared y techo.

Sentóse Vaqueril en una cabecera de la mesa, y en este momento apareció en la escena la Gobernadora, prendida y ataviada con lujo, negro más que nunca el cabello, y

33798